

Michael BARTH *et al.*, eds., *Einmal Eldorado und zurück. Interkulturelle Texte. Spanischsprachiges Amerika-deutschsprachiges Europa*. [El Dorado ida y vuelta. Textos interculturales. América hispanohablante-Europa germanohablante.] Coord. de Eva-Maria Willkop y Dieter Rall. Múnich, Iudicium, 1992. 347 pp.*

En una de las varias y variadas convocatorias para someter libros editados en México para su presentación en la Feria del Libro de Fráncfort de 1992, se indicó que los libros en cuestión tenían que estar escritos en español. Esto parece muy lógico y natural —hasta que se tiene en las manos una edición bilingüe, como la que es objeto de este análisis. Sólo hay que recordar las bellas ediciones de poesía francesa con su traducción al castellano y los clásicos en sus ediciones bilingües para apreciar esta tradición bibliográfica y bibliófila. Así, una edición con textos en alemán y en español en ocasión de los quinientos años de ¿...? tiene un significado muy especial y buena razón de ser. Revive una época en la que todo erudito hispanohablante que se preciara de serlo dominaba el alemán. Para los que conocen ambas lenguas, el libro es una rica fuente de lectura, pero también para los que sólo manejen una de ellas, aunque prevalecen los textos en alemán, y las introducciones están escritas en ese mismo idioma. Esto se debe a que la antología es una empresa colectiva de nueve profesores alemanes, algunos jóvenes y otros ya experimentados en sus labores de transmitir la lengua y la literatura alemanas a América Latina. Como coordinadores figuran Eva-Maria Willkop y Dieter Rall, y el libro fue auspiciado por el Deutscher Akademischer Austauschdienst (Servicio de Intercambio Académico) o DAAD, un organismo académico-cultural del gobierno alemán. Al final de la antología hay una “Presentación y despedida” en español; con cierto esfuerzo se logra encontrar el nombre de su autor: Alberto Vital,

* Las traducciones son de la reseñista.

quien hace un resumen de cada uno de los siete capítulos de la antología y explica el título, basado en la utopía de El Dorado. Al leerlo, surge la pregunta de por qué los pueblos de América no tenían tantas y tan insistentes utopías. Tal vez vivían muy contentos en su mundo, tal vez desconocemos sus utopías. La contraposición que hace Alberto Vital de las utopías medievales europeas con las expectativas americanas puestas en Europa, no tiene base válida.

La búsqueda del nombre del autor de la “Presentación y despedida” señala un pequeño defecto técnico-formal del libro: peca de complicado en su estructuración. Uno se pregunta por qué no se colocó el nombre del autor de cada prefacio al principio o al final del mismo. Hay incluso un exceso de prefacios. La antología se inicia con una larga introducción general a cargo de Dieter Rall, que deja entrever el esfuerzo y la dedicación empleados en su redacción. Cuando el lector se alegra pensando que finalmente ha llegado a los textos originales anunciados, se enfrenta a otra introducción, y a otra y otra más en cada sección. Ya que los autores de estas múltiples introducciones no son filósofos y tampoco historiadores, tal vez deberían haberse limitado en sus exposiciones. No era necesario explicar qué es un libro, el porqué de la literatura, etcétera, sólo para llegar a párrafos absurdos como: “Mucho tenemos que agradecer a los libros. Sin libros, la historia sería muda, la ciencia se escondería detrás del escritorio, el pensamiento giraría en círculos y la literatura no tendría lectores” (p. 21). La extensión de estos prefacios hace la lectura pesada.

Veamos brevemente los siete segmentos de la antología.

Después de superar las doce densas páginas de introducción al primer capítulo —“La Conquista” de Horst Nitschack—, el lector llega a dieciséis espaciadas páginas de textos originales. Éstos han sido tan exhaustivamente explicados en el prefacio que, cuando el lector los tiene frente a sí, la brevedad de cada fragmento impide ver colmadas las expectativas despertadas en él. Esto se aplica en especial al caso de “El oro de Caxamalca”, de Jakob Wassermann y “Las Casas ante Carlos V”, de Reinhold Schneider, de los que Horst Nitschack da una excelente interpretación, pero el lector lamenta no poder leer más de ellos. El texto de Hugo Loetscher, que cierra la selección del primer capítulo, sí llega a abarcar una idea completa y muy original, por cierto: una niña de escuela, en una región aislada de Colombia, pregunta al profesor visitante quién fue el descubridor de Suiza. Por más que el helvético educador se esfuerza por dar una respuesta, no la encuentra y “surgió en él la sospecha de que su país tal vez no había sido descubierto aún” (p. 61).

El segundo capítulo se llama “Opiniones políticas” (“Politische Ansichten”). ¿Opiniones políticas de quinientos años de dos mundos? El propósito más bien parece un despropósito, sobre todo, porque sabemos desde Sartre que prácticamente todos los textos tienen implicaciones políticas. Pero veamos. Roland Meinert esboza doscientos años de historia latinoamericana en las primeras cinco páginas de su introducción. Una hazaña sin par. Analiza los movimientos que condujeron a la independencia de los diferentes países de Latinoamérica —o más bien, los niega, porque asevera que la invasión de Napoleón a España creó un vacío de autoridad que tuvo como resultado casi automático la independencia. Si bien este hecho histórico fue un factor que contribuyó a ganar la independencia, no por eso se pueden negar las enconadas luchas, verdaderamente populares y heroicas, que se libraron y que sólo en México duraron más de diez años llenos de crueldad, sacrificio, matanza y destrucción. Nada se dio solo y automáticamente. Por lo mismo, significa simplificar la historia el afirmar que las constituciones de los países independientes fueron meras copias de la de Estados Unidos de Norteamérica. Esto niega todos los antecedentes de lectura, enseñanza, discusión y maduración del pensamiento en América Latina que se dieron con base en el ideario de los precursores de la Revolución francesa.

Los textos seleccionados para este segundo capítulo se ocupan en gran medida de la historia de Alemania. Son extremadamente heterogéneos, y el lector hubiera deseado una mayor integración. Dado el espacio limitado disponible frente a una vasta multiplicidad de opiniones, se comprende el problema que implica poder lograr cierta coherencia. Sin embargo, en cuanto a niveles de madurez y estilo, tal vez se hubiera podido exigir una calidad más homogénea.

El siguiente capítulo, el tercero, se llama “Cambio de lugar” (“Ortswechsel”); es aquí donde el lector notará más la ausencia de una idea rectora en el concepto total de esta antología. Pero recordemos que coordinar ideas y criterios de nueve editores, además de las consideraciones prácticas de la editorial, que nunca faltan, tiene que haber sido una labor titánica, y el resultado difícilmente pudo haber sido otro.

El capítulo “Cambio de lugar” corre a cargo de Michael Barth, quien escoge como lema para su prefacio una frase de Osvaldo Bayer: “El emigrado económico del pasado regresa como emigrado político”, lo cual muy bien puede aplicarse a Osvaldo Bayer mismo, pero creemos que el número de los que se encuentran en esta situación es demasiado reducido como para proponer esta frase como lema y tema para todo el prefacio. Los textos incluidos en esta sección corroboran más bien

nuestra suposición y no la propuesta del lema. Los pasajes señalan el deseo de los inmigrantes germanohablantes de hacerse buenos súbditos del país que les diera acogida. Sirva de ejemplo el de Alejo Carpentier, tomado de *El recurso del método*: “Poco se había preocupado el Primer Magistrado por la existencia de esas gentes apacibles, respetuosas de las leyes, que nunca se metían en política y, en hora de elecciones, siempre votaban por los candidatos del Gobierno, con tal de no ser molestados en sus costumbres” (p. 111). Una descripción de Isabel Allende, tomada de *Eva Luna* (pp. 111-112), subraya lo expresado por Carpentier.

Dos elocuentes textos de esta sección, el de Texia Fariña (pp. 121-123) y el de Iván Tapia Bravo (pp. 124-126), serán mencionados posteriormente en el contexto del capítulo VII, que contempla los beneficios del aprendizaje de la lengua del “otro”.

La sección IV se llama “Vistas del campo y de la ciudad” (“Natur-und Stadtansichten”). Ingeborg Richartz firma como responsable. En su prefacio cita a Alexander von Humboldt, quien señaló lo desmedido que es abordar este tema si se pretende extenderlo a dos continentes. Pero ella no se detiene, lo intenta y lo resuelve exitosamente. Presenta cuarenta páginas de textos poco usuales, aunque de autores conocidos como Goethe, Karl Postl, Georg Weerth, Bertolt Brecht, Alfred Döblin. De ellos emana una acusación contra la Ilustración, la cual constituyó la base ideológica para el inicio de la destrucción de América, aunque los autores, por cierto, no tenían la intención de dar este mensaje. Los autores hispanoamericanos incluidos en este capítulo, curiosamente, expresan en forma poética sus visiones europeas. Un texto que combina ambos mundos es el de Alejo Carpentier, tomado de la *Consagración de la primavera*, que señala la estrechez física del origen de la Ilustración al describir la casa de Goethe, queriendo indicar el contraste que existe entre su modesta cuna y las vastas consecuencias de este movimiento espiritual.

Elisabeth Siefer y Sigrid Gruschka son las editoras del capítulo “Espacios de cultura” (“Kulturräume”). También este tema se anuncia enciclopédico. Definir lo que es la “cultura” y, además, qué es un espacio de o para la cultura, es un intento vano; sabiamente las autoras se abstienen de querer lograrlo en su prefacio y ceden la palabra muy pronto a los autores de su elección. Destaca lo paradigmático de las palabras que Durero anotara en su diario, que expresan su asombro ante el “ingenio sutil” de los hombres que forjaron los objetos de metales preciosos traídos desde Tenochtitlán a la corte española. Le faltan palabras para describir lo que ve. Durero, sin saberlo definir, se encuentra frente a

unos objetos que son auténticos testimonios de lo que es la cultura —y su contraparte, que significa fundir estos exquisitos objetos en lingotes, hecho que menciona Eduardo Galeano en un pasaje que hábilmente está colocado junto al texto original de Durero. Esta yuxtaposición hace patente la génesis de un texto literario, fenómeno fascinante para cualquier lector.

Los veinticuatro textos reunidos en este capítulo (“Espacios de cultura”) abarcan vastos campos de la actividad humana, y en su conjunto transmiten un concepto, precisamente el concepto anunciado en el título. Es sumamente original cómo el poeta vienés Erich Fried para en seco el horror que infunde la idea del sacrificio de los corazones palpitantes arrancados a sus víctimas —al declarar simplemente que, para empezar, los hombres de Pizarro ni siquiera tenían un corazón en el pecho.

Una virtud especial de este capítulo es que se haya respetado a los autores y sus textos lo suficiente como para captar su carácter y su mensaje. De Egon Erwin Kisch, el gran reportero praguense, exiliado en México de 1940 a 1946, se reproduce un reportaje sobre el “Trajín deportivo entre los antiguos mayas” (“Sportbetrieb bei den alten Mayas”). Kisch se documentó muy bien, plantea sus dudas acerca de lo comúnmente dicho sobre las reglas del juego, y da a su reportaje un aire de humorístico sensacionalismo, que ni él mismo toma en serio. Las autoras cierran su prefacio con un gracioso juego de palabras basado en este reportaje sobre el Ulama. Afirman que el reportaje de Kisch abre miradas hacia el pasado que se presentan como “espacios de juego”, o “espacios aleatorios” (*Spielräume*); sin embargo, las autoras caen en dos falacias: el juego de pelota de los mayas no era un juego sino un rito muy serio, y de ninguna manera tenía “*Spielräume*”, o sea, espacios en el sentido de flexibilidad.

En éste y en otros capítulos los textos aluden a los conceptos contrastantes del tiempo en Latinoamérica y en Europa. Casi todos los escritores parten en su observación de una eurovisión empedernida; olvidan que el tiempo al minuto, como rector de la vida humana, fue inventado como algo artificial en los países industrializados para poder echar a andar sus máquinas sincronizadamente, o sea que fue una imposición al ritmo natural del hombre. Esta imposición es, más bien, el fenómeno que debe sorprender, y no el ritmo natural que se ha mantenido en América Latina. En parte con irritación, en parte con resignación y casi con comprensión, Alexander von Humboldt contempla este fenómeno (incluido en el capítulo VII, p. 286): “Por mis variadas experiencias he llegado a ser más modesto en mis expectativas. Me han enseñado que en

el mundo indiano el hombre no domina la naturaleza". Y elabora en una nota al pie de página:

La voluntad nerviosa del europeo que por la fuerza desea lograr su propósito por medio de cientos de combinaciones, está diametralmente opuesta a la tranquila ecuanimidad del habitante del trópico que todo lo espera de la coincidencia. El contraste entre el nerviosismo, el perenne movimiento cual piedra de molino del europeo, me saltó a la vista sobre todo en Llanno de Barcellona cerca de Caris [...] ¿Qué le importa al indio si duerme aquí en la sabana o a cuarenta millas de distancia en su choza hoy o en tres meses? Vive fuera del tiempo y del espacio, y nosotros, los europeos le parecemos insoportables, siendo seres inquietos, perseguidos por el demonio. (De *América Latina en vísperas de la revolución de independencia*.)

El capítulo VI de la antología, "Cuadros del hombre" ("Menschenbilder"), se ocupa de otro vastísimo tema. Eva-Maria Willkop anuncia en su prefacio que los textos seleccionados se refieren en primer lugar a los *clichés* que tiene uno del otro en las diferentes culturas. Entre toda la variedad de los textos destaca la bellísima prosa del poeta Erich Arendt. Es de admirarse cómo, en frases selectas y sencillas a la vez, este poeta alemán logra dar una impresión precisa, poética y al mismo tiempo científica, de la Colombia de su exilio, sin salirse jamás de los linderos de una prosa poética. Fuerza es admitirlo: los verdaderos poetas nos ganan por mucho a los que tratamos de explicar y describir una impresión con frases ordinarias.

El capítulo VII, "Palabras y mundos" ("Worte und Welten"), a cargo de Marlene Rall, cierra la antología. En su prefacio señala la importancia del idioma como vehículo de comunicación y comprensión, y los beneficios que trae consigo aprender el idioma del otro, afirmación aparentemente irrefutable. Sin embargo, los textos dejan alguna duda al respecto, tanto los de este capítulo como los de otros. En algunos casos, esta imposibilidad de comunicación, aun hablando el mismo idioma, está vestida de humor, como en el caso de las "siete Marías solteras" del bello texto de Katja Behrens (pp. 263-264); a veces está al desnudo, como en el pasaje de Jorge Arturo Ojeda (pp. 293-296). Pero donde brota con patética intensidad es en la carta de la bailarina chilena Texia Fariña a su esposo alemán (pp. 121-123). Ella aparentemente no tiene una sola queja en contra de él, quien, por amor a ella, aprendió el español para que la pareja pudiera hablarse sin obstáculos. Pero no coinciden, sus mundos no se encuentran, no hay un verdadero puente entre ellos. Lo mismo se

desprende de la triunfal afirmación de Iván Tapia Bravo, “Desde que aprendí el idioma del país” (“*Seit ich die Sprache des Landes gelernt*”). Sabe hablar por teléfono con fluidez y sin tropiezos, sólo para enterarse de que todas sus amistades en este país (Alemania) están demasiado ocupadas para platicar con él (pp. 124-126).

Lo más inesperado sobre el idioma se encuentra en un pasaje de B. Traven (no “Bruno”), en el que dice: “Amplios círculos de México se afanan por todos los medios por conservar y cuidar el idioma de los indígenas, mientras que deberían de darse prisa para guardarlo en salmuera en las bibliotecas públicas y universitarias” (p. 285). Las razones que aduce son que el desconocimiento del castellano desfavorece al indígena en su situación laboral. Traven tiene mucha razón y, sin embargo, la idea de descartar y abandonar, por razones prácticas, valores como los que constituyen un idioma tradicional, no puede aceptarse fácilmente.

Antes de terminar estas observaciones sobre la antología *Einmal Eldorado und zurück* nos gustaría hacer mención de la portada y el formato. El tomo es grato a la vista y al tacto e invita a abrirlo para descubrir sus tesoros. Pero como la mirada del que reseña tiene que ser crítica, veamos la portada más de cerca. Al mirar el grabado, surge la pregunta: ¿de dónde proviene la gran nube de vapor en la popa de la carabela? Después, el atento observador tarda en adivinar que las dos figuras voladoras no son cóndores, sino aviones, con lo cual se señala una dualidad en el tiempo, pero no en el espacio que es precisamente el tema de la antología. Su significado habría aumentado considerablemente si su vuelo hubiera sido en el sentido opuesto al rumbo que lleva la carabela. La pesada raya negra a la izquierda del subtítulo *Interkulturelle Texte* carece de función óptica, ya que en todo el diseño no predomina la simetría ni la asimetría en el arreglo de los elementos visuales. En el filo inferior hay un segundo subtítulo que, por cierto, se presta a malas interpretaciones. Dice: “América hispanohablante” y “Europa germanohablante”, lo cual podría indicar que toda Europa hablara alemán y toda América español. Ya que no hay forma de arreglar este malentendido, sería preferible no utilizar el subtítulo y explicar en otra parte —lo cual de por sí se hace— que sólo la parte de habla hispana de América está representada en la obra. Pero más allá de estas observaciones críticas, la portada es verdaderamente muy bella con sus clásicos tonos blanco, gris y negro.

A pesar de que la antología se declara como un intento de acercar a los dos continentes y fomentar la comprensión y el conocimiento mutuos,

los textos en su gran mayoría señalan una distancia infranqueable entre las mentalidades, como claramente se manifiesta en el último capítulo. Por el lado de los germanohablantes prevalece el asombro, por el lado hispanohablante, un resentimiento y un ligero rechazo o una conmiseración hacia “los hombres perseguidos por el demonio”. Donde la diversidad brota con más intensidad es en el encuentro a flor de piel de las dos culturas: la convivencia de la pareja, como se muestra en la carta de Texia Fariña.

La gran cantidad de textos incluidos en la antología no permite mencionar ni siquiera una pequeña fracción de ellos. El trabajo de buscarlos seguramente fue considerable y acarreó un gran beneficio para los responsables de cada uno de los siete capítulos, quienes han podido disfrutarlos en una forma más completa que los lectores de la antología. Pero esta posibilidad está abierta también a los lectores, si van a las fuentes citadas para extender su lectura. El tomo es un excelente aliciente para ello. No sólo ampliará visiones y esclarecerá vivencias propias, sino también arrojará nueva luz sobre autores de lengua alemana, de los cuales, antes de abrir esta antología, no se sabía que hubieran escrito sobre América. Leyéndolos, se conocen nuevas facetas suyas. Por ejemplo, el progresista e igualitario rebelde Georg Weerth no pudo sospechar que está plagado de un grave prejuicio cultural cuando informa a su coterráneo y codesterrado Heinrich Heine sobre sus recorridos en América Latina, diciendo que “incluso su negro” (¿Viernes?) se hundió en una profunda admiración ante un enorme y majestuoso árbol en Venezuela (p.154). Hay que extender una felicitación a todos los colaboradores por el logro bibliográfico, fruto de su arduo aunque, seguramente, también gozoso trabajo.

Pero con todo y las muchas horas de trabajo que costara configurar la antología, y los considerables gastos que implicó cruzar el continente para las pláticas preparatorias, el lector universitario queda con un ligero sabor amargo en la boca. Lo que es precisamente nuestra labor, promover el humanismo con la esperanza de coadyuvar a ennoblecer la imagen del hombre, casi no encuentra cabida en la antología; es más, está negado. Sabemos cuánto queda por hacer y luchar y promover para que en este continente cicatricen las llagas dejadas por su historia tan aberrante, por las luchas fratricidas, aún sin terminar, y por mitigar las inmensas injusticias sin resolver. La lectura no da lugar a esperanza alguna, al contrario, fomenta el desaliento, en especial, por dos textos: uno, el prefacio por Roland Meinert del capítulo “Opiniones políticas”. Cita a una autoridad (M. Strausfeld) que afirma que “Nicaragua llegó a

ser el tiradero de las frustraciones europeas” (p. 72), refiriéndose a los que se fueron a Nicaragua para ayudar en la reconstrucción del país. Mencionemos sólo a Marie Langer, la psicóloga, a Elisabeth Zilz, quien recorrió el país en un autobús cargado de libros, a Günter Schmigalle, quien sigue formando a jóvenes bibliotecarios en la Universidad Centroamericana de Managua, y muchos otros que trataron de devolver un grano del gran saqueo de El Dorado. Tildar a sus esfuerzos desinteresados de patológicos, requiere de una revisión. Que Heberto Padilla tenga resentimientos contra los universitarios estadounidenses (p. 81, “Los viajeros”) es comprensible, pero ridiculizar lo mejor que queda en Estados Unidos —tan inclinado a Mamón— es algo que tiene que dolernos a nosotros, colegas de estos norteamericanos que todavía se ocupan de la humanidad en contraste con el Pentágono y los grandes consorcios comerciales. Leyendo estos dos pasajes, cunde el pesimismo y uno empieza a creer que las venas abiertas de América jamás se cerrarán. Tal vez tenga razón quien piense así, aunque todavía no es el momento para resignarse del todo. ¿Hubiera sido demasiado y muy engañoso pedir que los autores nos dijeran que oyen ladrar a los perros?

Renata von HANFFSTENGEL